



LA INTERACCIÓN ENTRE DOS MUNDOS: RESULTADOS DEL ENCUENTRO*

*Rolando Mellafe Rojas***

Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

Comenzamos a conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento de América tres años antes de la fecha. Esto no es casual, ya que en realidad celebramos el más importante acontecimiento del mundo occidental, que ha ocurrido en los últimos siglos. Si no comprendemos qué sucedió inmediatamente después y también durante el descubrimiento mismo, nunca podremos entender América, ni la dirección que tomó la cultura occidental, la historia europea, la mentalidad del hombre y de la sociedad del Viejo y del Nuevo Mundo.

La historiografía europea y la americana, no han podido hasta la fecha dar una dimensión adecuada a las consecuencias del descubrimiento, les ha faltado una metodología especial para examinar la multiplicidad de efectos —la mayoría inesperados— que tan singular hecho histórico produjo. Es un caso de factualidad múltiple, y si lo vemos desde el punto de vista de la historia de las mentalidades, de infactualidad desviada, reprimida, provocadora de cambios y crisis en sucesivas metanoyas. No es el momento de proponer aquí tal metodología, solamente de apuntar algunos rasgos y, ojalá, despertar muchas dudas e inquietudes.

La noticia del descubrimiento de América recorrió rápidamente España y el resto de Europa, pero no fue comprendida por la gente común hasta mucho después. Incluso, el recorrido que hizo por tierra Cristóbal Colón hasta Granada, lugar de residencia de la Corte de los Reyes Católicos, fue visto con asombro y curiosidad en los pueblos por donde pasó, pero no exactamente

*Texto de una conferencia dictada en el ciclo "Encuentro de dos Mundos". Octubre de 1989.

**Miembro de número de la Academia Chilena de la Historia, Instituto de Chile.

comprendido. ¿Cómo entender qué eran esos extraños hombres y mujeres semidesnudos, indios que se llevaron de muestra, y aquellos coloridos pájaros, fetiches y raros objetos? Muchos campesinos creyeron que se trataba de una tropa de saltimbanquis, actores y bufones, que iban a la Corte a representar quizás qué fantástico auto profano, pero muy pocos pensaron que aquello era una muestra de lo que habitaba el Nuevo Mundo.

La revolución científica y filosófica vino poco después, y podríamos seguir sus etapas paso a paso. Nos interesan especialmente los primeros momentos. La idea de la amplitud casi infinita del cosmos y del mundo revolucionó a las artes, la filosofía y la ciencia de comienzos del siglo xvi. De muchos modos la teoría coperniquiana y la hazaña de Colón se fusionaron en la mentalidad renacentista. Los humanistas vieron en ello un campo ilimitado, por donde la observación del hombre y el diálogo del espíritu con lo desconocido encontraría su máxima realización. Cuestión peligrosa era ésta, a la par que maravillosa, ya que podía llegar a desvirtuar la idea de la creación divina del hombre y del mundo, por lo menos como la había concebido la escolástica medieval. Varios humanistas tuvieron que enfrentarse con la Inquisición, al dejarse deslizar demasiado despreocupadamente por este ensanchamiento ecuménico. Giordano Bruno, considerado el mártir del Renacimiento, fue uno de ellos aunque no de los primeros, desde el momento que reconoció que sus creencias “podrían ser indirectamente opuestas a las verdades derivadas de la fe”. Anteriormente, Bruno había expresado su entusiasmo por la teoría de Copérnico con las siguientes palabras: “La excelencia de Dios es magnificada y la grandeza de su Imperio hecha manifiesta, Él no es magnificado en uno, sino en innumerables soles, no es la tierra ni el Mundo, sino en cien mil, en globos infinitos... Por esta ciencia estamos desatados de las cadenas del más estrecho calabozo y estamos creando una libertad que serpentea en el más augusto de los imperios; somos transferidos desde las fronteras de la vanidad y la indignancia hacia las innumerables riquezas del espacio infinito”.

Igual y mucho más directas consecuencias tenía la presencia del Nuevo Mundo. Desde luego, otra corriente filosófica, que también chocó con el escolasticismo, fue el naciente empirismo inglés, representado por Francisco Bacon, quien declara en el *Novum Organum* que brindará al orbe una ciencia nueva, así como Cristóbal Colón aportó un Nuevo Mundo. Pero más activo aún fue el entusiasmo que despertó América entre los filósofos humanistas. La corte lusitana y la española, se vieron invadidas de humanistas que discutían e indagaban sobre el Nuevo Mundo. Algunos de ellos, religiosos, letrados y poetas, se embarcaron incluso en las nuevas expediciones que recorrían las costas africanas y los espacios atlánticos americanos. Los Reyes Católicos, especialmente Isabel, inclinados también al humanismo, aceptaron y protegieron de buen grado a muchos de los filósofos inmigrados. Así, la primera visión que en Europa se tuvo sobre América, fue producto del humanismo, comenzando por Cristóbal y Hernando Colón, luego por Américo Vespucio, Fray Ramón Pané y Pedro Mártir de Anglería, entre los más importantes.

El más señalado a nuestros propósitos es Pedro Mártir. Hay en él algo de la emoción de Giordano Bruno, cuando en 1494 dice, en una carta a su protector Juan de Borromeo, que ha comenzado a redactar sus *Décadas del Nuevo Mundo*. “He comenzado a escribir unos libros acerca del descubrimiento de una cosa tan grande. Si vivo, no omitiré nada digno de memoria. Por lo menos daré a los doctos, que emprenden el escribir cosas grandes, inmenso y nuevo mar de materias”. Y más tarde a su erudito maestro Pomponio: “Dicenme, amable Pomponio, que brincasteis de alegría y que vuestro placer iba mezclando de lágrimas, cuando leisteis mis epístolas certificándoos del hasta ahora oculto mundo de las antípodas. Obrasteis y sentisteis como debía un hombre distinguido por su erudicción. ¿Qué manjar más delicioso que estas nuevas podía presentarse a un claro entendimiento? ¿Qué felicidad de espíritu no siento al conversar con las gentes de saber, venidas de aquellas regiones! Es como el hallazgo de un tesoro que se presenta deslumbrador a la vista de un avaro. El ánimo se engrandece al contemplar sucesos tan gloriosos”.

El humanista italiano fue muy bien recibido en la Corte Castellana, transformándose pronto en capellán de la Reina Isabel. Cumplió luego delicadas misiones que le confiara el Rey Fernando y se contó entre los allegados y cortesanos de confianza del cardenal regente Jiménez de Cisneros y del emperador Carlos V. Fue por este último, nombrado Cronista de Castilla y miembro del Consejo de Indias. Mientras atendía sus múltiples ocupaciones en la Corte seguía escribiendo *Décadas*. “Apoyándome yo en el ejemplo de Aristóteles y de nuestro Plinio...”.

La presencia constante de lo clásico fue, sin duda, el más duradero de los influjos humanistas —quizás el único— que finalmente perduró de la primera visión que ellos dieron del Nuevo Mundo. Pedro Mártir lleva esta característica hasta calcular en dracmas el oro que llega de América, denomina archithalaso al almirante y pretor urbano al alcalde. Pero a menudo no encuentra expresiones latinas para describir lo que ve y le cuentan, y ante el reclamo de los humanistas puristas responde airado: “Uso palabras vulgares cuando no las tiene la antigua lengua latina y séame permitido poner cubierta nueva a lo nuevo que sale a la luz, con permiso de los que no lo dan: quiero que me entiendan”.

A pesar que por esos años eran conocidas en España y Portugal las obras de un humanista crítico como, Leonardo Bruni o de un primitivo arqueólogo humanista, Flavius Blondus, los historiadores de esa tendencia quedaron hipnotizados con la simple narración de las nuevas maravillas. “Así me lo cuentan, así te lo digo”, escribe Pedro Mártir cuando narra la existencia del legendario país de las Amazonas en el Nuevo Mundo.

El humanismo renacentista vio en las sociedades aborígenes del Nuevo Mundo, algo que recordaba al Paraíso que Dante ya había rescatado como la última morada ideal. Pedro Mártir dice de los indios: “Tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos mío y tuyo, semillas de todos los males...”. Sigue luego relatando, como contrapunto a pasajes de Erasmo, que en aquellas tierras, “No cierran sus

heredades ni con fosas, ni con paredes, ni con setos: viven en huertos abiertos, sin leyes, ni libros, sin jueces...”, para concluir que moraban en una edad de oro, es decir, en un tiempo en que el espíritu libre podría, a través de su propia contemplación, construir el conocimiento del principio y del fin.

Esta idílica visión chocó violentamente con la necesidad de saber si esa gente feliz eran ánimas racionales, de cómo habían llegado allí y de cómo defenderlos de la avidez de conquistadores y empresarios, atrayéndolos al mismo tiempo al conocimiento de Dios. En el cotidiano vivir y en “la mudanza de los tiempos”, el mundo era otro, mucho más urgente y práctico. Cuando Fernando el Católico convocó a la Junta de Burgos el año 1512, los historiadores humanistas —Pedro Mártir entre ellos— no tuvieron argumentos sólidos con qué contrarrestar las posiciones más realistas de teólogos y juristas. Fray Bartolomé de Las Casas, que no era cabalmente un humanista, ayudado por éstos, consiguió su “Ínsula utópica”, que luego fue destruida por la codicia de los mercaderes, las epidemias, el hambre y la muerte.

Los humanistas no pudieron oponerse a las ideas lógicas, prácticas y bien coordinadas de los neoescolásticos, en otras palabras, a las Leyes de Burgos, al Requerimiento del Dr. Palacios Rubio, a los dictados del Concilio de Trento, etc. Fueron ellos los que terminaron de inventar América y los que moldearon su primera sociedad y mentalidad. Luego vendrían diferentes grados de empirismos, que desmenuzaron y describieron la verde naturaleza del Continente.

Si dejamos lo intelectual y miramos brevemente a la cultura material, la influencia de América en el Viejo Mundo es aún mayor. No puedo detenerme especialmente en el tema, sólo mencionarlo. Mi antiguo maestro Eugenio Pereira Salas, cuando hablaba en sus clases de esto mismo, decía “y entonces América puso la mesa” y no se refería sólo a la palta, el tomate, el pavo, el chocolate, el tabaco, etc., sino también a la vajilla de plata. La plata y el oro que llegaba anualmente a Europa formó al mundo mercantilista y en una segunda etapa, al capitalismo contemporáneo. Además, como si fuera poco, contribuyó con la primera etapa de la Revolución Industrial, ya que la necesidad de producir enormes cantidades de telas baratas para abastecer el mercado americano, presionó sobre la técnica de la época, transformando con el telar mecánico al taller en fábrica e iniciando dicha Revolución.

Todo esto se realizó bajo un activo intercambio de objetos y de bienes. Carl Sauer, el famoso geógrafo cultural, estima que en los primeros veinticinco años después del descubrimiento llegaron a la Isla Española cerca de doscientas especies animales y vegetales desde África, Canarias y España, las que se difundieron rápidamente por todo el continente. Desgraciadamente, junto con ellas vinieron también enfermedades y epidemias que diezmaron a la población autóctona.

Pero volvamos a las mentalidades. Si la idea de América del Nuevo Mundo y de la expansión ecuménica revolucionó a Europa, primero a los intelectuales y luego al resto de la sociedad, fácil es imaginarse el impacto que produjo en América tanto entre los europeos que llegaron, como en los habitantes autóctonos que sufrieron su venida.

Veamos primeramente a los europeos que llegaron en un comienzo y que son simplemente los conquistadores. La anchura infinita de las nuevas tierras, los numerosos pueblos, las costumbres y usos extraños, las riquezas que parecían sin límites, las posibilidades de gran poder, las competencias y envidias que se levantaron entre ellos, las luchas caudallísticas constantes, etc., todo ello formó un peso insoportable en sus conciencias. Unos enloquecieron y otros sucumbieron, algunos se refugiaron en la vida solitaria y monacal, mientras no pocos cayeron en alguna emboscada y murieron.

Los que pudieron sobrevivir, vivieron generalmente atrapados por lo nuevo y grandioso del Nuevo Mundo, pero lo hicieron inclinándose a costumbres poco cristianas, blasfemando por ejemplo: a tal punto se trastocó el acontecer normal que hubo de crearse la Inquisición, en gran medida, para cuidar y encauzar estos cambios de mentalidades que alejaban a los nuevos dueños de América, de Dios.

A nadie puede extrañarle que los conquistadores, hombres en general rudos, porfiados, intrépidos, sufridos, hayan sido blasfemadores, y que a cada momento dijese: “pese a Dios” o “que Virgen ni que Virgen”, y expresiones mucho peores. Pero esto no es todo.

Hemos estudiado en la conquista, lo que se ha denominado “la visión de los vencidos”, la conmoción que sufrió la sociedad indígena por el dominio y la destrucción de su cultura: el reverso de la medalla presentada por la crónica tradicional; pero no hemos estudiado el reverso de la medalla del vencedor, la conmoción que pudieron sufrir algunos, precisamente por vencer y tener que dominar un alma y un espacio desconocido e inconmensurable. Es de este enfrentamiento del cristiano viejo con lo desconocido, desde donde arranca gran parte de lo que los lleva a actitudes de malos cristianos.

Varios capitanes y compañeros importantes de Hernán Cortés fueron interrogados por inquisidores, bajo la acusación de blasfemos y malos cristianos. Examinando las respuestas, se pueden notar interesantes problemas comunes. Todos aceptan la acusación y se defienden diciendo que sufren constantes y agudos dolores, de muelas, de huesos, de bubas sifilíticas, etc., que han llevado una vida de insoportables sacrificios y peligros y, ahora viejos y mutilados, deben seguir trabajando y esquivando la muerte que los acecha en cada momento. Más de uno agrega —sin usar estas palabras— que está sometido a tal presión psicológica, que muchas veces ha temido perder “el equilibrio de razón”, es decir, enloquecer. Lo único que lo calma es blasfemar.

En el ejemplo dado, la catarsis de la blasfemia está muy claro, y así también, muy sabiamente, lo comprendió la Inquisición, que condenó al acusado a donar unos pesos de oro para obras pías y oír varias misas descalzo. Lo que no sabemos es si aquel capitán de conquista consiguió con aquella pena la relajación y paz espiritual que tan evidentemente necesitaba.

Si todo esto sucedió en las mentalidades un poco más maduras del europeo, entre los indios el mismo proceso fue una verdadera catástrofe. Es comprensible, pues entre ellos se trató de la sustitución de una cultura por otra con la consiguiente destrucción, y este verdadero cataclismo cultural afectó a todos

los aspectos materiales y espirituales de sus vidas. A modo de ejemplo, veamos uno de ellos, el que dice relación con el cambio en la consideración de la edad de las personas y a las funciones que a cada etapa de la vida se le atribuían.

En aquellas sociedades indígenas como la incásica, en que las comunidades campesinas habían alcanzado un avanzado grado de complejidad, el socabamiento y más tarde la destrucción de sus bases económicas y culturales, alteraron profundamente las relaciones entre las personas de diferentes edades. En general, parte del problema surgió, con la imposición que hicieron los españoles de un sistema distinto de medir la edad y, muy especialmente, aparejado con ello, la asignación de un rol diferente al tradicional para cada edad. La integración gradual del niño a las labores productivas de la comunidad, prácticamente desapareció, al no considerarse la pubertad como una etapa de vida distinta a la niñez y a la madurez de la mocedad. A pesar de que las Leyes de Indias estipulaban que no se debía cobrar tributos hasta los 15 años de edad, en la práctica los hombres, después de terminada la edad de la doctrina, a los 7 u 8 años, pasaban al trabajo productivo. Contrariamente a lo que antes sucedía, se pasaba a ser adulto y trabajador antes del matrimonio, cuestión que había sido básica en tiempos del Imperio Incásico. El hecho de ser considerado adulto, sin en verdad serlo, perturbó todo el sistema de educación y de transmisión cultural, el rol de los padres y de los viejos en la comunidad. Varias generaciones de indios nacidos después de la conquista, no tuvieron ni un sistema ni un cambio claro para integrarse a la sociedad, ni para pasar de una etapa de la vida a otra. Quizás una buena parte de su agresividad, que luego veremos, se debió a este hecho.

Tan drásticos, o más profundos, fueron los cambios en las relaciones entre el grupo de los mozos y los viejos. Los conquistadores, por razones políticas y de control de la sociedad conquistada, cambiaron rápidamente a los caciques y nobles imperiales por gente joven, que estaba dispuesta a aculturarse y a guardarles fidelidad. A pesar de que en las nuevas elecciones de kuracas se trató de respetar las antiguas tradiciones de sucesión del poder, en México y Perú se crearon colegios especiales para hijos de caciques y nobles indígenas etc., en muchos aspectos el cambio fue un desastre. Estos caciques jóvenes muy frecuentemente no guardaban la austeridad y frugalidad de sus padres y de sus vasallos, Guamán Poma los pinta viciosos, flojos y crueles. Trataban a sus súbditos peor que los encomenderos, reaccionaban negativamente ante las costumbres tradicionales, entre ellas el gran respeto por la familia y los ancianos.

El ejemplo que irradiaban los caciques jóvenes fue pronto imitado por las nuevas generaciones y, casi sin saber cómo, las justicias y los religiosos españoles del siglo xvi se vieron enfrentados a una ola de violencia y crueldad que nunca supieron comprender, atribuyéndola a una naturaleza salvaje y herética de los nuevos cristianos. En toda la obra de fray Gaspar de Mendieta, por ejemplo, se trasluce su profunda preocupación por este hecho. Hemos mencionado en páginas anteriores, cuando nos referíamos al acontecer fútil, como un cacique castiga a un viejo porque lo corregía a golpes cuando era niño. Guamán

Poma agrega a todo esto: “Los indios de este Reino no quieren guardar los mandamientos de Dios, ni la ley de los antepasados indios, porque habiendo de honrar y respetar y servir a su padre y madre los hijos, les dan de palos y les aporrea y maltrata y no les obedece. Es por la causa porque no son doctrinados ni castigados y porque ellos también no obedecieron a sus padres y madres y así Dios los castigará, y así es muy justo que las justicias de este Reino le castigue y le afrente, sin testigo, sólo cuando se queje su padre, madre o hermano o hermana mayor o algún viejo o vieja o algún hombre mayor se queje de los menores sea castigado en todo este Reino de todas las justicias de su Majestad”.

Ya es claro que a principios del siglo xvii, no se trata solamente de un problema de los caciques jóvenes sino de todas las nuevas generaciones. En otras páginas de *Corónica*, Poma nos explica que especialmente las indias jóvenes, cuando se desarraigaban de sus comunidades y vivían en ciudades y tambos, entre encomenderos y mestizos, “se hacen grandes putas y bellacas”. Lo mismo sucedía con los hombres que eran obligados a trabajar antes de alcanzar “uso de razón”. Ambos sexos no obedecían a los caciques, a los padres ni a las personas de edad, tampoco guardaban las antiguas ni las nuevas costumbres. Estamos ante una franca rebelión generacional que no sólo margina a los viejos, sino también cuestiona la potestad materna y paterna. ¿Y por qué se debía tener tanto respeto por aquellas viejas generaciones que primero se habían dejado avasallar y ahora esquilmar por señores y dioses invasores? Una vieja y triste canción —probablemente de fines del siglo xvi— que entonaban las mujeres jóvenes al atardecer, nos aclara algo del resentimiento de los mozos:

“Tu madre falsa, que nos ha separado causando mi muerte
Tu padre perverso que nos ha precipitado en la miseria”.

Los agoreros de Chilam Balam, entre las muchas anunciaciones de la venida del hombre blanco ya lo habían escrito. “Entonces nos será pedido el cordón umbilical de la tierra de siete medidas y será pedido el libro de los pueblos a los gobernantes por la palabra de Dios que viene. Recibió a vuestros huéspedes; a la distancia de una jornada, a la distancia de un grito vienen ya. Enorme es la carga del Katun porque muy mala será la voluntad y muy mala será la enseñanza, porque dará pelea a su padre y a su madre según señala el enmarañamiento del Katun. Cambios y recambios de padres, cambios y recambios de madres...”.

En este caos de contradicciones, de cambios de experiencias vitales, pero rico en sufrimiento y vida, nació América al mundo occidental. En la abismal profundidad de su acontecer radica su grandeza y el poder de su futuro.